

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XIX

Abril de 1942

Núm. 202

Puntos de vista

La dignidad del escritor.

CON motivo del Premio Nacional de Literatura otorgado al escritor Augusto D'Halmar, se ha planteado en los círculos literarios lo que podría llamarse la defensa del escritor en cuanto éste representa una gran dignidad en la vida de un país. Está ya asegurado en cierto modo, el futuro económico de un hombre de letras. El premio es una cantidad apreciable y lo será doblemente en el curso del año.

Lo que importa subrayar es otro aspecto, relacionado con la naturaleza espiritual del escritor y con su conducta frente a las contingencias de la vida diaria. La sola presencia de un escritor en la lucha política, pongamos por caso, representa ya un desnivel en su naturaleza intelectual. D'Halmar, desde la primera a la última línea escrita lo hizo en función de su arte. Ya habíamos apuntado este aserto en nuestro punto de vista anterior. Fué y es por encima de todo, un hombre de letras, sin que tal definición sea una mengua para su conducta como escritor. Pues la línea de vocación no se rompe ni se desvirtúa, porque el escritor se aleje del torbellino subalterno de la política y dedique su esfuerzo a la pintura de sucesos humanos o emocionales. Es preferible una conducta digna, alta, de independencia constante, a la versatilidad doctrinaria. Es más emocionante el escritor que mantiene su unidad intelectual por encima de las pasiones, que el que se entrega al juego minúsculo de las eventualidades en que se prodiga la naturaleza de los cambios políticos. Lo cual, por supuesto, no quiere decir que el escritor no ha de tener principios. La obra realizada lleva siempre el perfume de la línea interna, la modulación del

carácter que en este caso es la postura frente a las realidades y a a las injusticias. Combatir por la perfección en el plano de las normas humanas de convivencia social, es ya un programa de gran envergadura.

La tenacidad en el perfeccionamiento de los instrumentos estéticos es, asimismo, una virtud que el escritor sólo puede aquilatar en su verdadero valor cuando alcanza las grandes victorias en la conciencia pública. Esta opinión juzgada como tornadiza, voluble, versátil, se rinde, a pesar de todo, frente al creador de belleza. Puede tardar el reconocimiento, pero es seguro que llega. Y si a esta virtud reconocida va unida la dignidad de la conducta, el triunfo es aún más sonoro y más profundo. Es necesario, pues, considerar este aspecto en la vida del escritor para juzgarlo con entereza y con seguridad. El versátil, el que va y viene, el que cambia a cada paso, no recoge sino sinsabores. No es escuchado con el recogimiento con que lo es el que traza una línea y sigue a lo largo de ella, afrontando penurias, sacrificios y desengaños. Si se ha entregado a la función creadora, no le apartarán de ella ni los halagos ni las censuras. Continuará fiel a ella, puesto que es ella la carne, la médula de su ser íntimo, y sólo a ella deberá rendir una cuenta estrecha.

En América el escritor es desconocido y mal juzgado, porque a menudo desvirtúa la función artística, con mistificaciones que pronto son descubiertas, o carece de sinceridad para soportar los imperiosos mandatos de una realidad no siempre generosa. En cada acto de la vida hay que poner un acento de seriedad y de dignidad. No es condición de artistas empequeñecer con la vida el concepto del arte, porque si se observa a los grandes artistas que dejaron a lo largo de los siglos tan honda huella de su paso, primó en ellos, a pesar de sus aventuras y de sus caídas, un soplo humano de dignidad que los redimió de todas las pequeñas pasiones de que pudieron ser víctimas. Eso es lo que entendemos como dignidad en esta tarea de servir a la colectividad en todas las formas compatibles con la nobleza del ser.